

Los troncOS de BrAcho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

En este Tranco, esperamos, lectores amables, que les sea la lectura tan grata como lo fue para nosotros los integrantes de este tres veces H. Consejo Editorial. La verdad sea dicha, al revisar los materiales que nuestros escritores envían a esta redacción, son leídos a fondo para poder tener de ellos una visión más cabal y hacer luego más fácil la tarea de colocarlos en sus apartados correspondientes. Pero, regresemos a lo enviado por nuestro ínclito autor, el maestro Bracho. Resulta que al terminar de leerlo, varios de nosotros cruzamos nuestras miradas y dijimos que la aventura allí narrada merecía el brindar con una copa de vino tinto. Lo hicimos. Claro está que varios otros textos, de otros colaboradores nuestros, también merecieron el brindis y a una botella se sucedió a la otra. Claro, al final, las deliberaciones fueron hechas en el suelo. Usted comprenderá por qué, lectora insumisa:

Yo había anotado en mi agenda: viernes 18 a las 20:30hs. Casa de Rosita. Sin falta. Llevar botellas y algunos quesos. La consulté y al ver mi reloj-calendario me dije: “sí, hoy es viernes 18 y son las 19hs”. Tiempo suficiente para vaciar la despensa, o sea poner varios quesos en una caja de cartón y colocar tres botellas de vino tinto de La Rioja Alta de la añada superior. Subí al auto. Unas nubes, más negras que mi conciencia amenazaban

con explotar justo en el sur de la capital, rumbo en el que Rosita vive. Puse al lado del asiento mío un impermeable y un paraguas y arranqué. No quería que el diluvio me sorprendiera en la calle de su casa porque ésta se encuentra en zona más bien baja y por lo tanto los torrentes de agua llegan aquí con ímpetus irracionales. Cuando estaba a mitad del camino la lluvia se hizo intensa. Diluviaba. Claro que no importaba el chubasco, me importaba el llegar con Rosita, descorchar los vinos y saborear algunos quesos, luego apagar la luz y hacer lo que hay que hacer con ella los días de lluvia y vino. Ese pensamiento, pues, me mantenía firme en el volante, los rayos y los enormes charcos no eran ningún dique a mis deseos. Entre más densa era la cortina de agua, más crecían mis recónditos deseos de estar con ella, de besarla, de abrazarla, de acariciarla. Sorteando el tráfico logré llegar a su domicilio. Los ríos que llegaban de arriba eran infames. Bajé del auto, bajé la caja con el bastimento, bajé con mi lujuria encendida. Por fortuna en su puerta hay un tejaban que resguarda bien de esas inclemencias temporales. Zafé el ladrillo y cogí las llaves. Volví el ladrillo a su lugar. Abrí la puerta. El trecho que hay de la puerta de entrada a lo que es su casa, es un tramo como de treinta metros, de zacate, macetas y árboles. Ese cruce fue trágico, el torrente de agua había, en segundos, reblandecido la caja de cartón y, claro, los quesos salieron disparados, por fortuna para Rosita y para mí, las botellas de los vinos cayeron en el

pasto y no pasó a mayores ese accidente. San Pedro se vengaba de mí, y mientras encontraba la llave de la siguiente puerta, las compuertas del cielo, abiertas de par en par, me habían convertido, a pesar de paraguas e impermeable en una verdadera sopa. Los primeros síntomas de catarro hicieron su aparición molesta. Estornudé y de nuevo los quesos y los vinos cayeron en las lozas del quicio. El Rioja, los Riojas, las tres botellas quedaron hechas añicos, los quesos se llenaron de astillas y los relámpagos parecían festinarse con el espectáculo cómico-trágico. Por fin encontré la maldita llave. Como pude puse en un rincón quesos y restos de botellas. Cerré la puerta. Tras de mí quedaba el bochornoso momento de la pérdida de las vituallas. Me quité el impermeable. La rabia inundó mi cara. El coraje me llenó el cuerpo y alma. Me senté en el sofá. Rosita me había dicho que llegaba un poco después de las nueve de la noche, pues llegaría de Cuernavaca, lugar en donde tiene su residencia habitual, de manera que esta casa defecha y sureña es utilizada como nido, como escondite, como cueva en donde ella y yo nos vemos todos los viernes. Era evidente que aún no llegaba. La emoción me había cansado. Tomé una frazada y me cobijé con ella. No supe cuánto tiempo permanecí en ese letargo. Fueron varias horas en las que caí en brazos del melifluo Morfeo. Me desperté. Prendí una luz. Revisé los cuartos y el estudio, en donde tantas veces hemos hecho el amor. Nada. Rosita no aparecía por ningún lado. Extrañado por esa circunstancia. Miré mi reloj. Estaba parado. No funcionaba. Corrí a su recámara para ver un calendario eléctrico que allí siempre tiene, que marca día, mes y año y las horas. Me fui de espaldas: marcaba que era Jueves 17 y que eran las cinco de la mañana. Me dije todo el repertorio de majadería que guardo en el ropero de mi alma. El tarado de yo, no sé por qué razón macabra, había llegado a mi cita amorosa en miércoles. Me di varios topes en la pared. Volví a ver mi reloj: parado. Encendí la radio. Sí, era jueves 17 y eran las cinco y quince de la mañana. De torpe e idiota no me bajé. Tomé una bolsa de plástico, eché allí los quesos malolientes, y recogí

hasta el último vidrio de las botellas del que fuera delicioso vino tinto de La Rioja y que iba a servir de cupido, de interventor en la lid amorosa con Rosita. Los primeros rayos de sol llegaban tibios. A mi no me calentaban en absoluto. Cerré las puertas. -¿Y mi auto? Aquí lo dejé. Rayos, truenos y centellas, mala vibra, Víboras y Cangrejos. Diablo maligno. Caracoles y ajos, cebollas y chiles. Sí, mi auto no estaba. Lo habían robado. Era lo último que me podía pasar. Pero me pasó. Ese fin de semana caí enfermo. Sin auto, sin vino, sin quesos, pero sobre todo sin jugar a los cuerpos vivos con Rosita. ¡Rayos! ¡Suerte fatal! El reloj, de coraje, fue a dar a la alcantarilla de la esquina de la casa de Rosita. Aunque en realidad el que debía estar allí, en el fondo, era yo.

El resfriado fatal me impidió ir a la cita real, a la cita verdadera, la cita del viernes 18 y a las 20:30 hrs. Eso fue lo que me pasó ese infausto día. De veras. Chao. ■

www.carlosbracho.com



Carlos Bracho